



Santiago, Chile

Casir

11

GUIDO CASTILLO

JOAQUIN TORRES-CARCIA

ENSAYOS

Guido CASTILLO	La Literatura y Nuestro Tiempo
Paul VALERY		
Jean Paul SARTRE		
Bernard SHAW	La Crisis del Escritor
Van WYCK BROOKS		
H. PEDUZZI ESCUDER		Esquema del Salvataje de las Cosas

Cuaderno de Notas	El Mar
--------------------------	-------	---------------

POESIAS

María Adela BONAVITA	Poemas Inéditos
Leonel REY	El Antifaz
Zelmar RICETTO	Sonetos de las Sierras

NARRACIONES

Francisco ESPINOLA	Don Juan, el Zorro (fragmento)
		El Vestido Blanco
Felisberto HERNANDEZ	El Caballo Perdido (fragmento)
		Por los Tiempos de Clemente
		Colling (fragmento)
Eugenio MARTINEZ	Querencia
Luis CASTELLI	La Golondrina

Página del Estudiante

Marcos LIJTENSTEIN	Psicología del Adolescente
--------------------	-------	----------------------------

Narraciones

FRANCISCO ESPINOLA

Como quería Juan de Mairena para los grandes hombres, Francisco Espinola ha urdido, en su vida y en su obra, junto con su historia su leyenda. De ahí que, paradójicamente, una secreta verdad se oculte siempre en sus ficciones y una maravillosa ficción rodee a sus verdades. Y es que si para el creador fuera posible hacer consciente la misteriosa operación por la cual la sustancia de la vida se transforma en materia de arte, pocos escritores en América podrían, tan sutilmente como Paco Espinola, esclarecernos lo fundamental de ese misterio.

Su obra no ha sido creada al margen de la vida. Por lo contrario, situado en su centro, conviviendo en amorosa complicidad con los que luego han de ser personajes de sus libros, él ha sentido la necesidad de convertirse en altavoz de todos aquellos que, portadores de lo angélico pero lacerados por el dolor y la miseria, se hallan afónicos para la expresión de la hondura de sus almas. El mismo Espinola nos cuenta en alguna parte, cómo en una de esas tremendas noches en que el mundo parece envuelto en desolación y soledad, un negro, ebrio, le reclamaba que escribiera sobre ellos, a los que son malos y se dan cuenta y no pueden reaccionar.

En su primer libro de cuentos, «Raza Ciega» (1926), se elude el elemento pintoresco que podría prestar a sus personajes el escenario campesino, para ofrecer directamente, a través de la nítida desnudez de sus almas, el drama de unos hombres que parecen siempre en pugna con su propio destino. Recordemos, por ejemplo, a aquel hombre de la cara pálida, que dispuesto al robo y al asesinato, se siente conmovido ante la inocente gracia de una muchacha; tocado en lo más oscuro de su corazón por encontradas ansias que lo lleven hasta una casi inexpressible pureza, es rescatado momentáneamente para el bien. Pero como si una fuerza poderosa y desconocida le impusiera el mal como paso previo, se ve obligado por las circunstancias a matar al negro Jacinto, su compañero.

Para descubrir, de hombre, que hay en el mundo también ratas humanas, semejantes a aquellas que la estremecieron de compasión, cuando las vio quemar con agua hirviendo, siendo él niño. Escribió entonces «Sombras Sobre la Tierra» (1933). Los personajes de esta novela —prostitutas, borrachos, tahures, derrotados— parecen sentirse todos prisioneros de su propio cuerpo, y sienten, también, que para éste el mundo entero es cárcel. Pero desde la prisión de su desolada caradura humana, intentan siempre, evadirse de sí mismos para encontrarse con los otros seres allí donde todo es amor, sin distinción de bien y de mal, de pecado y de virtud. Por eso, ensimismarse, para los personajes de Espinola, no es hundirse en sí mismos para encontrarse u solas, sino una manera activa de fundirse con las formas más primarias y virginales de la vida, sentida a través de esa unidad que son ellos mismos, para comunicarse, secretamente, con los otros hombres. Este mundo espinoliano de «Sombras Sobre la Tierra», que nace en el desamparo, madura en el sufrimiento y se cierra, finalmente, en un desolado sentido del amor, parece informado, desde su mismo centro, por un acendrado contenido evangélico. Y de ahí, quizás, esa proximidad que se ha querido ver en su obra con la de los escritores rusos, los que, todos, en mayor o menor grado, encontraron en el Evangelio su sentido de la vida.

Pero sobre la melancolía de sus páginas, y atenuando el dolor y la crudeza de muchas situaciones, se cierne siempre una gracia secreta, porque el estar en la tierra de sus personajes es siempre un estar evadiéndose, un buscar lo desconocido, lindar, o situarse, en el seno del misterio. Es seguro que pocos como Espinola saben tan profundamente el secreto —tan español— de ver lo trágico en lo cómico y lo cómico en lo trágico. De ahí que sus páginas nos sitúen con inusitada frecuencia en esa región de peligrosísimo equilibrio en la que la vida, por profunda, se revela en su esencial contradicción.

Decir que Paco Espinola es, entre los escritores uruguayos vivos, el que actualmente ejerce en nuestros jóvenes escritores mayor influencia, es incurrir en un

lugar común. Influencia que radica no sólo en sus obras, sino también en el magnetismo de su personalidad, en su arte de narrador verbal, y en la sorpresa que causan algunas de las cosas que dice, y que dejan frecuentemente al oyente con la extraña sensación de que Paco se mueve de pronto en medio de una ancestral sabiduría.

Así, todos cuantos le hemos escuchado, en su curso de la Facultad de Humanidades, en el café, en su casa o en cualquier parte, hablar de Homero, hemos sido sorprendidos por sus hallazgos de increíble sutileza que revelan, junto con su maravillosa intuición estética, su precisión crítica y un conocimiento milimétrico de las epopeyas homéricas.

ASIR se honra hoy al adelantar este fragmento de «Don Juan El Zorro». Esta novela, que su autor planea y viene viviendo intensamente desde hace años, nos revelará a un Espinola en el total ejercicio de su sabiduría narrativa. Adelantar algo, en pocas líneas, sobre esta obra tan rica en elementos, es casi imposible. Diremos solamente que creemos que será obra señera en la literatura americana, y remitimos al lector al presente fragmento.

A. S. V.

Don Juan, el Zorro

(Fragmento de una novela en preparación)

De su tío y tutor el Peludo, propietario de la pulpería «La Blanqueada», una soba ha recibido la Mulita. Don Juan, el Zorro, la vengó haciéndolo arrastrar por un potrero. Perseguido por la autoridad, Don Juan se refugió momentáneamente en el monte con unos cuantos fieles. El Peludo muere. A la soledad de la Mulita llega el Aperiá con la noticia de que el comisario y el dependiente del establecimiento se disponen a despojarla de su herencia. En eso lo sorprende la partida. Ante el temor de adelantarse por el pétreo pasadizo de la entrada, la partida sitia la casa. Los prisioneros hacen un túnel para escapar en la noche. Pero al asomar la cabeza el Aperiá recibe un planchazo feroz del soldado Cuzco Overo, que casualmente había tendido su recado muy cerca.

Entre las tinieblas, porque él había ordenado apagar el candil antes de hacer la tentativa, el Aperiá se alojó en el túnel, deamayado por el machetazo. La Mulita, que aguardaba detrás, permaneció un momento anonadada. Cuando consiguió reponerse lo arrastró hacia abajo, sacando mañas de su última y abandonó para huecár a tientas el candil en la alacena. Encendió luz al cabo y trabajosamente depositó al Aperiá en su propia cama. Corrió a la tinaja a mojar su pañuelo. Le ponía ya la primera compresa sobre la frente cuando el mal herido abrió los ojos, los dilató y los entornó en seguida, sonriendo al reconocer a la inclinada.

La cabeza le dolía pero no en forma insoportable. No se produjo fractura, tal vez. Aunque el soldado Cuzco Overo se había afianzado a dos manos con toda el alma, por suerte la punta del sable blandido de plano dió en el suelo y atenuó así la potencia del golpe.

Con cautela fué levantando los párpados.

—Y... ésta nos salió mal. ¡Me había estado bombiando!... Yo ni llegué a ver al que me pegó, le garanto, porque no me dió tiempo ni a sacar la cabeza.

Iba a agregar:

—Si hubieran sabido hacer las cosas, nos dejan salir a los dos para darnos después el lado de las casas — pero se contuvo por compasión de la Mulita. Y habló otra vez:

—Ahora tenemos que empezar a urdir otra madeja.

Sosteniéndose la compresa se sentó con mucho cuidado en la cama. Su

compañera lo miró angustiada al advertir tamaña debilidad.

—¿No vé? —le dijo él para tranquilizarla—. Puede decirse que no fué más que el susto.

Y siguió con los ojos a la Mulita, que se dirigía a la cocina para regresar con un jarrito de agua.

Bebió el Apería unos tragos, mojó su pañuelo y aplicándose el mismo devolvió con cuidado el recipiente.

—Gracias. Y no me vaya a tirar este resto de agua. Esto para nosotros es oro.

—¿Y ahora qué vamos hacer, don Apería? — preguntó ella conteniendo los purcheros. — Yo creo que ahora ya no podemos hacer nada y que estamos perdidos!

El Apería al fin había conseguido ponerse de pie. Tenía como un peso en la cabeza. Pero ya sus primeros pasos al dirigirse a la cocina fueron firmes.

La Mulita lo siguió, enderezó a la tinaja a verter el jarro para luego ponerlo en la alacena y se sentó frente al silencioso Apería que se había desplomado en la otra silla.

—¿Y ahora qué vamos hacer? — insistió ella.

—¿Eh?... ¿Qué vamos hacer? —repitió él como llegando de muy lejos o como entre sueños. Pero se recobró en seguida y agregó con bastante resolución—: Ahora vamos a esperar un día más. Y si no nos llega auxilio...

—¡Ah, si don Juan supiera!

—...entonces tengo un plan.

Y le contó tan al hilo lo que estaba madurando, que parecía concebido durante su oscuro sopor entre la vida y la muerte. A la noche siguiente, si antes no ocurría algo que la esperanza mantenía vagamente, como un lejano resplandor, él irrumpiría, gritando, por la abertura recién hecha. Y cuando en su persecución todos se abalanzaran hacia él, la Mulita huiría por el lado opuesto, ganaría las piedras y trataría de llegar de cualquier modo al bajo para ocultarse entre las espadañas y costear el arroyo, interponiendo la mayor distancia antes de que aclarara. Después, oculta durante el día, marcharía por la noche siguiendo detalladas indicaciones hasta dar con el rancho de la anciana Chancha, donde hallaría asilo seguro.

La Mulita sollozaba resistiéndose a aceptar lo propuesto. Y ya creía con desesperación el Apería que no lograría hacerse obedecer, cuando se le ocurrió un engaño:

—¿Pero usted no vé que cuando me hagan declarar... Porque en cuanto me agarren me llevan derecho a declarar... y entonces...

El Apería sabía lo que iba a decir, pero, aunque trataba de disimular, angustiado se trababa porque con todas sus fuerzas él quería vivir y comprendía, sin embargo, que no le darían tiempo ni a dar un grito.

—...yo me lavo las manos diciéndoles que si gané para adentro cuando los ví llegar fué porque me asusté; que yo no tengo nada que ver, que había venido a hacer una changa mandado de la pulpería.

Recelosa, la Mulita, trataba de asegurarse, enjugándose las lágrimas.

—¿Pero usted me da palabra, don Apería?

—¡Palabra, sí, palabra!

—¿Y después?

—Y cuando usted menos quiera acordar, yo me le aparesco en el rancho

de mi buena amiga vieja. Y una noche agarramos caballo y enderezamos al monte.

—¡Lo contento que se va a poner don Juan con usted!

Y soltó el llanto la Mulita, haciéndose un tembloroso ovillo en su asiento, porque se le habían agotado las fuerzas hechas para creer en todo aquello; y torvas dudas volvían a atropellar en su mente y a correrle de allí, como a ponchazos, todas sus esperanzas en medio de una confusión atroz.

Sintiendo al incorporarse un tironcito adentro de la cabeza, el Aperiá se inclinó sobre la silla de la desdichada.

—¡Bueno, ahora no se me achique! Si usted no tiene voluntad, amiga, para mí es un contrapezo. Bueno, vaya a traer su maletita a ver lo que nos queda de comer.

Dirigiéndose a la tinaja se asomó dentro. Por suerte tuvo tiempo de mirar antes de que le sobreviniera un mareo que lo hizo agarrarse a los bordes y que lo dejó ciego.

—Agua hay lo menos para dos días. ¿No ve? Entre todas nuestras desgracias alguna suerte teníamos que tener.

Sin abandonar el asiento, la Mulita apartó furtiva por un lado el pañuelo con que se cubría la cara para mirar a su amigo sin ser vista y exclamar sin sacarle el ojo, inquisitiva:

—¡Pero lo que es a usted, a usted lo matan! ¿Pero cómo me va a hacer creer que... ¡Yo no soy boba, no!

El Aperiá, a punto de llorar también, y muy despacio a fin de darse tiempo a recobrar por completo la visión, volvió a acercarse a la Mulita y posó apiadado la mano sobre la tibia cabeza estremecida. Mas al recibir aquella sensación dulcemente cálida refluyó la conmiseración; refluyó en golpe de ola y se lanzó sobre él y lo envolvió para arrancarlo de todo y hacerlo sentirse más solo que si pisara el fondo de la mar. Sí, pronto, horas apenas, su propia frente, ahora con fiebre, estaría más fría que los vidrios de la escarcha. Pero echó el pecho hacia adelante y se situó de nuevo entre las cosas. Y así, en esfuerzos por dominar las ansias de dejarse caer al lado, en el suelo, a la llorosa y entregarse para siempre, hasta el fin, a su propia debilidad, se sentó otra vez, diciendo con inusitado brío:

—¡Mire, si usted no hace por ayudarme, yo, así, no puedo! Crea lo que yo le digo. Yo voy a probar mi inocencia, como más tarde usted va a poder probar bien la suya...

Luego, cambiando el tono, agregó:

—¿Y dónde tiene su maletita que hoy le dije?

Asustada ante el acento dominador del principio, se levantó la pobre y enjugándose los ojos salió del círculo de luz para volver con la maleta.

De adentro, ensombreciéndose, el Aperiá retiró medio pan casero, tres choclos asados y un chifle lleno de agua.

—Bueno, para hoy le sobra. Así que...

—¿Pero y usted, don Aperiá? ¿Pero cómo voy a comer sólo yo?

—¿Pero y usted ya no se acuerda de esto? — respondió el Aperiá señalando sin tocarse la mollera.

Y luego, manteniendo su sonrisa convincente, mintió por primera y penúltima vez en su vida, mientras la cabeza pareció en ese instante que le iba a estallar:

—¿Pero usted no sabe que con un golpe en la crisma, por poco que haya sido, la comida sienta como una patada?

—¿Ay, sí?

—¡Y claro! Hasta mañana yo no tengo que probar más que algún trago de agua.

Y pensó cómo sería el mañana en él; en qué consistiría eso de que el nuevo día ya le pasara al costado sin envolverlo; qué sería la muerte; entre qué para él recién llegadas corrientes nunca vistas por los vivos se alejaría hundiéndose, asomando después un poquito su lomo, sumergiéndose más lejos otra vez, hasta perderse del mundo como en aquel atardecer, desde la barranca, viera al Peludo yéndose y yéndose sin fin en el arroyo.

—De nosotros tres, ¿quién se morirá primero? — recordó.

La Mulita pasó al otro cuarto y andaba revisando estantes para pensar algo a solas...

En aquella tardecita, sobre la barranca, mientras su buen hermano y el empacado Lechuzón exhalaban por las narices el humo de sus cigarras, ¿quién hubiera podido responder a esa pregunta que él había hecho con recelo, como el del que abre una puerta misteriosa? ¡Nadie! Y qué equivocado estaba el Lechuzón cuando se enfureció al oírlo; cuando atajó, escalofriándose:

—¡Eso no se pregunta ni se piensa, bruto!

Como con mucho era el más viejo, suponía el tío de la Lechusa que sería el primero y por nada se quería acordar. Por eso fué que cuando, aunque para sí, el Aperiá insistió en voz alta, al ratito:

—¿Quién sabe al que le tocará el turno! — el Lechuzón rumió:

—Callate esa boca o te hago miñangos — en medio de gestos descompuestos y revolviéndose al punto de que el sombrero panza de burro no se le fué al agua y siguió viaje porque un manotazo arriba de la copa se lo alcanzó a abollar en la cabeza.

¡Es que estaba viejo, el Lechuzón! Las patas combadas de andar a caballo desde criatura no lo sostenían ya con la antigua firmeza. Cuando quería coser alguna prenda de su apero, los tientos que cortaba ya no tenían como otrora la delgadez del hilo... Sí, un día el Aperiá se había echado a reír con su buen hermano en el palenque de «La Flor de un Día» al observar que un remiendo del sobrepuesto del overo del Lechuzón parecía hecho como con una piola, de grueso, que era el respunte y, además, de desparejo. Ahora, para poder ver bien, tenía que echar a echar un paso atrás y entornar los párpados, el viejo. Y, sin embargo, la mañana anterior misma el Aperiá lo había visto descabalar en la pulpería, entrar rayando el suelo con las nazarenas para pedir aún desde la puerta un vaso de ginebra y dar así la seguridad, a quien lo atendiera, de que había Lechuzón para rato.

—¡Mire usted quién iba a ser el primero de los tres!... —pensaba el Aperiá acariciándose las rodillas—. ¡El más joven!

Porque, en efecto, también su hermano era mayor que él; casi un año le llevaba.

Ahora, se estaba viendo de vuelta, en la casa del Peludo, después que desbarrancaron «el cuerpo» y que lo perdieron de vista en aquel su último viaje, boyando como cacharpa de rancho en la crecida. Ya dentro, mientras los otros seguían la carchada, fué que él se puso como cuando uno, a la siesta, fumando echado de espaldas en el monte, pretende descubrir al pájaro que

canta en la espesa ramazón de más arriba, hasta que se le borran los mismos troncos de ñandubay y se queda en un sueño. Lo que había era que por primera vez en su vida se hallaba caladamente triste. Allí, chupando en silencio su cigarro, lo que pasaba era que se le estaban metiendo en la mente, nunca atenta a nada, y para estrenarla con su peso, las ideas de la Vida y de la Muerte. Allí abajo, unos días atrás en el tiempo, pareció que le entraba hasta el fondo algo como una lucerita callada pero alumbradora, eso sí. Era una cosa callada, sí, callada, que se le venía y se le retiraba y, de pronto, se le quedaba quietita, delante. El que ha encontrado luces malas en el campo —y no les tiene miedo— podrá muy bien suponer cómo era aquello. Sí, uno va en la noche cerrada, trotando, trotando y, cuando quiere acordar allí mismo, por entre las orejas del caballo... La luz medio verdosa y azulada tiembla, parece que lo mira a uno, parece que le quisiera decir algo y que no puede, o que se lo está diciendo así no más, solito con mostrarse. Nace entonces, cuando no se tiene miedo, cuando uno no se asusta de nada, nace una tristeza que le abarca todo; que envuelve a uno, primero, y que después se extiende y agarra todo el vuelo del horizonte invisible... En ocasiones hasta se sonríe uno, de triste, sobre el callado trotar que abre paso en las sombras; la sonrisa tiende sus tenues alitas y entonces se cimbreo en el filo de los labios, se lanza y pasa por encima de la llama fría y se pierde en la noche... lejos. ¡Y ese caballo trotando, trotando! Bajo el techo del Peludo así había pensado y pensado el Aperiá aquella vez, entre el ajeteo de su buen hermano, del Lechuzón, de la sobrina en busca de cosas para hacérselas regalar, cuando él, en una, había cogido el mate que abandonara la Lechuza para hacer la tan triste salida que hizo con su tío. Lo ensilló y, aunque en aquel entonces sólo de vista conocía a la Mulita, fué en puntas de pie a donde ella lloraba, con cuidado de derramar.

Pero ahora, ahora en la misma casa sin suerte, con nada de todo aquello podía hacerse comparación. Y, además, en vez de sonrisa triste había miedo, derecho. Porque el Aperiá se sentía parado delante de una puerta sin cerrojos, como de las de abrir sólo de adentro, gris y tan alta que llegaba a las nubes, que cortaba por sus dos extremos el horizonte para seguir vaya a saberse hasta dónde, de tan ancha que ella era. Y no había nadie más que él ante aquella presencia desmesurada. Sin mirar para atrás, el Aperiá comprobaba hasta el frío que estaba solo. Y que en todo aquello no había proporción; que era más que bruta la diferencia entre semejante tamañazo mudo y su pequeñez tan poca cosa. Sólo con un pedazo como de allí hasta el arroyo y del suelo a la copa de un árbol, tendría hasta de más la puerta para acoquinarse a cualquiera. ¡Y pensar que ni hacia los costados ni hacia arriba tenía fin! ¡Y cómo debía de ser lo otro, lo de adentro, con semejante entrada! Mismo a caballo, allí uno parecería hormiga... Tenía ganas de correr, el Aperiá. De agarrar para atrás, de huir hacia la vida con su covacha de rebato, con la pulpería, el billar y alguna changa de cuando en cuando para ir tirando. Pero estaba como rodeado bajo los curvos dedos de una desmesurada mano en alto, pronta a irrumpir hacia él al menor movimiento que intentara... Hasta que él se borró, se perdió en su desconuelo e hizo fardo en algo desde donde, firme en una tristeza sin horizonte, vió que, sumisa, la Mulita era empujada desde quién sabe dónde y la plantaban allí también, tal como él había estado hacia un momento. Y se establecía otra vez otra desproporción sin sentido.

Y del seno de la creciente lástima que experimentaba, al Aperiá le brotó una fuerza que le ayudó a levantarse con trabajo de su silla, que lo llevó hasta la alacena, que lo hizo agarrar el mate y aprontarlo, que lo condujo después, como de tiro, al otro cuarto, donde ya había cerrado todos sus estantes la Mulita.

—¿Gusta servirse de un mate?

—¡Bueno!

Ella se enjugó los ojos con el dorso de la mano. Todo igual a como unos días antes, al regreso del arroyo. ¡Mas con una indiferencia tan doliente! De aquella situación a ésta sólo hubo una distancia de días; pero de ésta hacia adelante el futuro tenía para él un límite de horas. Y para la Mulita, marchando cabizbaja ahora tras él a la cocina para evitar el acarreo del mate, se tendía una sombra tan densa que detenía el corazón pensar en ello.

—¡Menos mal! —se consolaba el Aperiá echando agua al mate—. sin mi ella hubiera sido la primerita, estoy seguro!

Y vió a don Lechuzón con su sombrero panza de burro y su pañuelo serenero, envuelto, al trotecito, en la linda luz del verano, muy echado para atrás en el overo y en medio de un radiante horizonte que avanzaba también, ¡claro!, agrandándose y achicándose con acompasada levedad casi imperceptible debido al ecesao impulso ascendente del jamelgo. Así, el trabajoso y lento avance hacía parecer que los árboles, las piedras, alguna flor del pasto no se resignaban a perder de vista a ese jinete, y que era sin ganas ningunas que las cosas todas iban yéndose atrás en el camino a «La Flor de un Día». Y el cariacontecido Aperiá vió en seguida a su buen hermano ante una mesa rodeada de gente, barajando un mazo de naipes y alargándolo al impasible tallador; vió a ña Lechuza conriente de satisfacción cebar su mate frente a su fuego, cerrando el ojo del lado del pucho por el humo, en medio de sus vidrios, sus amuletos, sus atados de yerbas mágicas, sus tarritos con polvo de huesos de cuanta cosa existe arriba y aun abajo de la tierra; vió a todos los parroquianos de la pulpería lo más contentos junto al mostrador, o sentados en torno de un guitarrero que estaba déle estilo y déle milongas. Y las lágrimas de una doliente envidia, surgida por primera vez en su existencia, cayeron sobre la mano que ascendía la bombilla del mate hacia la boca.

Por fortuna sentada, la Mulita estaba mirándose las faldas y se había puesto a alisar la zaraza sobre las rodillas, muy preocupada en cosas que, a pesar de lo inquietantes, habría sido una suerte que el destino, desdiciéndose, les hubiera dado su visto bueno y las dejara ser en sustitución de las que ya, y para demasiado pronto, estaban señaladas.

—Pero yo no sé qué cara pondrá doña Chancha cuando me le presente como una introducida, —pensaba—. Irme a quedar allí sin conocerla... Yo sé darme mi lugar; yo no voy a ser gravosa. Los días que esté allí le voy a ayudar en todo. Pero una en casa ajena siempre...

Y habló en alta voz, sin levantar la vista.

—¿Pero usted cree que ella me va a recibir gustosa?

—¿Quién? — exclamó él con sobresalto, como el que empuja cuando suben del pelo a un ahogado.

—¡Doña Chancha! Yo estoy dispuesta a ayudarla en todo. Y a ordeñar y a hacer la lidia de la casa hasta que usted llegue. Yo sé hacer queso y yo amaso y lavo y plancho y zurao con proligidad. Pero presentarme así, de sopetón,

sin haberla visto nunca... ¡Ay!, yo no voy a saber dónde meterme cuando llegue! Si usted me diera un papelito...

—Sí, pero ¿y quién lo escribe y quién lo lee?

Se les apareció a ambos como una mano que se les puso delante con la palma estirada y los dedos juntos.

Siempre inclinada sobre sus rodillas, ella no pudo ver la muñeca de dolor que crispó al Aperiá. Oyó, sí, que, luego de un momento de silencio, cuando cesó le puntada, él volvía a decirle, con el pescuezo un poco rígido, la cabeza un poco erguida, la expresión impasible, como desde otro mundo, como la de los que duermen, como la de los ciegos:

—Usted le dice que yo se la mando recomendada. Y que no le lleva un papel mío porque aunque usted supiera escribir yo no sé ni poner mi firma y ella no sabe leer.

Iba a agregar algo más. Pero la sensación de que tal vez todo era inútil, de que casi con seguridad la Mulita no vería jamás el rancho de los tres ombúes ni a la buena negra vieja siempre inclinada sobre alguna cosa rica ante el círculo de canillas vacunas de su fogón; lo que ya era certeza firme le apagaba como dos carrillos inflados las palabras, una a una, a medida que las quería decir. Y cual si aquellos molletes hubieran asimismo soplado el propio candil, el Aperiá se quedó otra vez a oscuras.

—¡Pucha! — exclamó cuando sintió renacerle la vista, y al mismo tiempo que el dolor se le hacía pinchazo, — ¿quiere creer que me estoy cayendo de sueño? Me voy a echar un rato y usted queda de guardia. Como siempre, ya sabe, cualquier ruidito que oiga, venga de donde venga, me pega el grito. Después, usted duerme toda la tarde, así está fresquita para la noche. Agarre su pistola.

Y sin darse cuenta de si dijo esto último alentado por una esperanza o empujado por la lástima, con esfuerzos para disimular su tambaleo entró al cuarto del finado, se sentó en la ancha cama y apenas había retirado su pistola de la cintura y la situaba bajo la almohada, cuando se abatió hecho una bolsa de trapos, sordo por completo a las clarinadas de la diana que en ese instante anunciaba la radiante aurora y sacudía a los soldados sobre los aperos en que habían echado el sueño.

Pero la Mulita, alzada como del techo al llegarle el desgarrón del silencio, se asomaba toda oídos al nacimiento de una y otra abertura, empuñando la pistola cual si agarrara una brasa. Recién entonces advirtió la claridad rosada que inundaba la cocina y que hasta allí arrastraba ahora un bronco vocerío.

Entonces fué a la alacena y sopló el candil, temblando.

FRANCISCO ESPINOLA.